

1,2,3
¡ CUÉNTAME !

UNA LECCIÓN QUE NO SE OLVIDA

¿Vas a la escuela o la universidad actualmente? ¿ Sí ? ¿ No ? ¿Quizás estés de vacaciones? Una cosa es segura, ¡sigues aprendiendo! ¡Pues sí! Toda tu vida sigues aprendiendo. Siempre hay algo nuevo por descubrir. ¡ Es apasionante ! ¿Sabías que los discípulos de Jesús también iban a la escuela? Sí, su profesor, su maestro, es el Señor. En nuestro último programa, vimos que Él les enseñó a ver como Dios ve. Hoy aprenderán una nueva lección. ¿Cuál es la lección del día? Eso es lo que descubriremos al escuchar esa historia que encontrarás en el Evangelio de Juan en el capítulo 13.

Esta noche se va a celebrar la fiesta de Pascua. En cada familia se hará una gran comida y cantará cánticos. Es es la última Pascua que Jesús celebrará con sus discípulos.

- Vayan y preparen lo que se necesita para la comida, dice Jesús a Pedro y a Juan.

- Sí, Señor, pero ¿dónde quieres que lo preparemos?

- ¡Vayan a Jerusalén! Cuando hayan entrado en la ciudad, encontraréis un hombre que lleva una jarra de agua. Síguenlo a la casa a la que entrará y pregunténtenle al dueño de la casa dónde está ubicado el salón para celebrar la Pascua. Él le mostrará arriba a una gran habitación amueblada con alfombras y cojines. Ahí es donde harán los preparativos. Pedro y Juan llegan a Jerusalén.



- Oh ! Mira ! Dice uno de ellos, ¿ves a ese hombre de allá cargando una jarra? ¡Sigámoslo!

Todo va exactamente como dijo Jesús. Cocinan cordero, panes y verduras. La casa está llena de esos buenos olores de cocina. Cerca de la puerta principal, colocan una jarra llena de agua, un cuenco y un paño. Se utilizará para lavar y secar los pies de Jesús y de los discípulos. Cuando lleguen, sus pies estarán sucios. Sus sandalias no los protegen del polvo del camino. Siempre hacen esto antes de entrar a una casa,

especialmente un día de fiesta. Es el siervo menos importante quien lava los pies de los invitados.

Al anochecer, Jesús y los discípulos llegan para la fiesta. Al entrar en la casa, los discípulos se detienen y miran con preocupación la palangana y el cántaro de agua.

- No hay siervo aquí, piensan. ¿Quién lavará nuestros pies?



¿Mateo, Santiago, Felipe, Andrés ? ... Nadie se mueve. Están inmersos en sus pensamientos.

- ¡Ah! No, yo no, pensó Pedro, ¡no voy a hacer eso! No soy su siervo, no les lavaré los pies. ¡Es demasiado degradante!

- No deberían contar conmigo, piensa otro, ¡no me voy a rebajar a hacer esto! Es humillante. ¡Depende de ellos hacerlo!

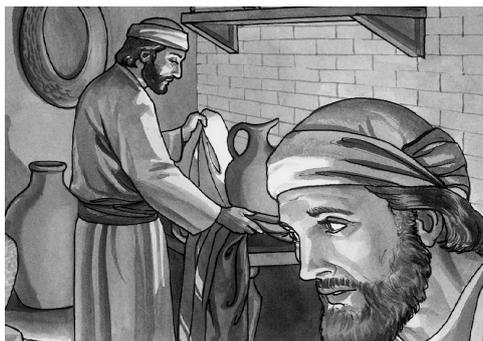
Nadie decide. Se sientan a la mesa como si nada.

De repente, Jesús les dice:

- Esta es la última vez que estamos todos juntos, por eso tenía muchas ganas de celebrar esta Pascua con vosotros. Dentro de poco tiempo, voy a sufrir mucho.

¿Oyeron? No es seguro, es posible que todavía estén en sus pensamientos.

Jesús se pone de pie. Toma la ropa y se la pone alrededor de la cintura, como hacen los siervos. Vierte agua en la palangana y se arrodilla frente a uno de los discípulos. Le lava



los pies a fondo y se los seca. Va al siguiente y hace lo mismo, luego al tercero, al cuarto. Los discípulos no dicen una palabra. Lo observan, profundamente conmovidos. Están avergonzados. Su Señor ocupa el lugar de un siervo. Hace lo que se negaron a hacer. Jesús llega a Pedro. Se arrodilla frente a él. Pedro retira los pies:

- ¡Ah! ¡ No ! ¡Tú no, Señor! Jamás en la vida ! exclama. Tú eres el Maestro, el Señor, ¿esto no te corresponde a ti! ¡No me vas a lavar los pies!

- ¡ Pedro ! Dice Jesús, si no te lavo los pies, no podrás seguir siendo mi discípulo.

- ¡ Entonces si ! ¡Señor! ¡Lávame! Todavía quiero ser tu discípulo. ¡Lávame las manos y también la cabeza!

- ¡ No ! Dice Jesús. Solo te lavo los pies porque se ensuciaron durante el camino.

Jesús termina. Guarda el cuenco y vuelve a la mesa con ellos.

- ¿Entendéis por qué hice esto? Les pregunta. Quería darles un ejemplo a seguir. Me llamáis Maestro y Señor y tienes razón porque lo soy y, sin embargo, daré mi vida por vosotros porque os quiero. Vosotros también amaros, cuidad os los unos a otros y no discutan sobre quién es el más grande. ¿Queréis seguirme, Entonces, haced como yo y serán verdaderamente mis discípulos.

Todos inclinan la cabeza. Están avergonzados. Se dan cuenta de lo orgullosos que son, siempre queriendo tener la mejor posición.

Es una lección de humildad que no olvidaran.

1, 2, 3, 4 ¡Y TÚ Y YO!

¿Entendiste la lección que Jesús les dio a sus discípulos? Sí, les enseñó una lección de humildad. Les mostró cómo comportarse, cómo comportarse los unos con los otros. La humildad es lo opuesto al orgullo. Es decir, no presumir, no creerse mejor que los demás, no ponerse por encima de ellos y despreciarlos sino amarlos, ayudarlos. ¿Quieres agradar a Jesús? Así que hazlo como él. Cuida a los que te rodean, ya sea en casa, en la iglesia o en la escuela.



4, 3, 2, 1 ¡Y NOSOTROS LOS PADRES!

Jesús enseña con sus palabras pero también con su vida. Ese día no pronunció un gran discurso pero puso en práctica su enseñanza. Los discípulos entendieron bien el mensaje. Hagamos lo mismo en nuestra vida diaria, en la familia, en el trabajo, en nuestras relaciones con los demás, y nuestros hijos lo entenderán. A su vez, podrán vivir las enseñanzas de Jesús. Son grandes observadores y buenos imitadores, pero no se les puede engañar. Lo que somos y lo que hacemos habla más poderosamente que lo que decimos. Que encuentren ejemplos para emular en nuestras familias, en quienes los rodean y en la iglesia.

